

Puerto Wilches, la 'Frontera' del emprendimi

Quizá, varios años atrás cuando Tulio Enrique Grueso Lobo era niño y vio cómo un tizón prendió el techo de paja de su casa y la hizo arder en llamas, a él y a su familia les tocó 'bandearse con la muda de ropa que llevaban puesta' e ir descalzos al colegio, no imaginó que años más tarde la suerte cambiaría y se convertiría en un campesino-empresario, gestor de una prometedora cooperativa de pequeños palmicultores en Puerto Wilches, Santander.

Las vicisitudes del campo

Ya de joven, como él cuenta, en su pueblo natal, Papayal, un corregimiento de San Martín de Loba, al Sur de Bolívar, padeció el azote de la violencia por culpa de los grupos insurgentes, y ciertas amenazas contra su vida lo obligaron a huir de su tierra natal con mujer e hijos.

Tulio Enrique era agricultor, sembraba maíz y yuca, y de vez en cuando criaba algunos animales; pero por falta de oportunidades y de información, este carismático lobero (gentilicio de la gente de San Martín de Loba) se juntó con gente indebida y 'se metió como raspachín de coca'.

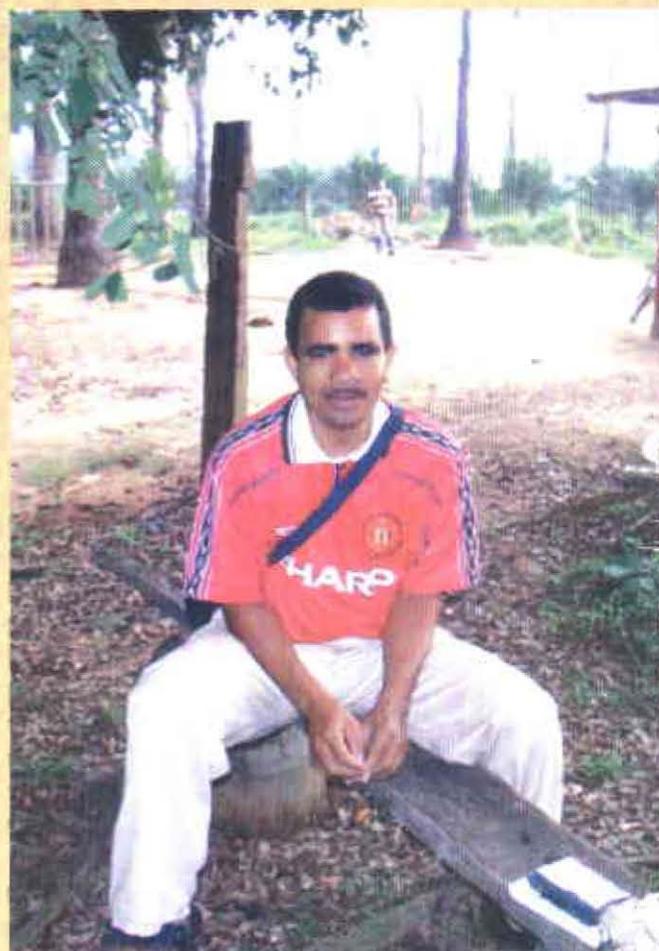
Según Tulio Enrique, este trabajo no le duró más de una semana porque la hoja de coca le maltrató mucho sus manos y ni siquiera los cayos que ya tenía, forjados con años de labranza, soportaron la textura tan áspera de esta hoja. Por tal razón, le fue imposible seguir 'ordeñando (raspando) la matica' y debió dedicarse simplemente a 'recolectarla y limpiarla'. Aunque empezó a percibir mejores ingresos, sus allegados le aconsejaron 'perderse porque lo querían borrar del mapa'.

Este cambio de panorama lo condujo a Puerto Wilches, lugar donde vivía su suegro y donde, según había oído, 'abundaba trabajo y se podía ganar buena plata con la palma'. Sin embargo a su llegada no trabajó en este campo. Pasarían varios años para entrar en el negocio, durante los cuales cultivó en tierras baldías al sur del municipio y donde no cosechó absolutamente nada por culpa del invierno. Con el tiempo intentó sembrar maíz, pero 'el grajo azotó sus cultivos' y cuando por fin 'la mazorca cuajó, salió puro cacho'. De allí se unió a una asociación de desempleados del municipio y gracias a ellos consiguió un trabajo limpiando máquinas en Eco-petrol, pero este contrato terminó pronto.

Después, según cuenta, perdió una gran oportunidad de empleo con otra empresa por no tener el cartón de bachiller. Escuchó por ahí que en Bucarelia buscaban gente para trabajar con 'maquinaria' y corrió donde un conocido para arrendarle su guadañadora; ya con ella en sus manos, entró a podar el pasto en esta plantación de palma de aceite.

La persistencia vence lo que la dicha no alcanza

Sería en este lugar donde Tulio Enrique empezaría a forjar sus sueños y el gran proyecto de vida que hoy lo hace sentir orgulloso: la Cooperativa de Trabajo Asociado La Frontera (Cotfrontera) y su propia plantación,



Tulio Enrique Grueso Lobo

la Alianza Nueva Frontera (Alifront): 582 hectáreas, en sociedad con los miembros de la cooperativa.

En la asociación de desempleados le aconsejaron que creara, junto con sus compañeros, su propia sociedad de guadañadores. "En ese tiempo teníamos en la asociación una sociedad para hacer préstamos para los repuestos de las herramientas, pero cuando íbamos a la asociación nos vacilaban, nos mandaban para un lado y para el otro, y finalmente no le prestaban a uno". Esto lo motivó y armó la asociación; en principio sólo fue para guadañadores, y para la época sólo tenía 'veintipico' asociados.

ento, la dedicación y las alianzas productivas

No obstante, aunque pudieron agruparse en una cooperativa, la idea de Tulio Enrique iba más allá y pensaba en adquirir sus propias tierras.

No pasó más de año y medio desde la conformación de la cooperativa cuando Tulio Enrique se dedicó a gestionar la adquisición de los terrenos. Primero insistió con el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria –Incora entidad hoy en proceso de liquidación. Asistió a la entrega de unas parcelas por parte de este instituto; allí habló con la gerente y ella lo animó; le dijo que debía localizar las tierras e iniciar el proceso. Juicioso y entusiasmado, Tulio Enrique empezó a observar diferentes tierras, ‘hasta que por fin las ubicó cerca de la Gómez, una vereda en Sabana de Torres’. Pero un cambio de políticas gubernamentales ‘cerraron las puertas’ del Incora a su proyecto. Posteriormente, acudió al Banco Agrario en busca de un préstamo para comprar las tierras, y allí también se lo negaron; esto dejó ‘frío’ al entusiasmado campesino, quien se decidió a jugarse su última carta: hablar en Bucarelia para que le prestaran el dinero.

Del gerente, Tito Eduardo Salcedo, alguien tan especial como su padre, así lo describe el campesino de Papayal, había recibido apoyo desde cuando asistió a la reunión del Incora, pues él lo acompañó y fue también quien lo animó a ir al Banco Agrario. De él y Bucarelia consiguió el espaldarazo a sus ‘ideas locas’, como muchos creían. Le prestaron parte del dinero, que la cooperativa pagaría con trabajo y fruto. Además con los años, le darían media beca para la universidad de uno de sus cuatro hijos, hoy a punto de graduarse.

Responsable en su trabajo y zalame-ro, como dice, con las mujeres, hizo buena relación con una hija del dueño de las tierras y por eso pudo acercarse a proponerle el negocio: “darle un dinero que serviría para pagar la hipoteca de las tierras, un plazo para pagar el resto de la deuda más los intereses corridos e incluir a dos de sus hijos en la sociedad”. El señor aceptó y acordaron la compra de 582 hectáreas. De eso, hace ya tres años.

En la actualidad, Bucarelia contrata los servicios de Cotfrontera para la siembra y recolección de fruto, además compra toda la producción y ofrece los servicios de asesoría técnica a Alifront. Por su parte, Tulio Enrique Grueso Lobo, hoy gerente de Cotfrontera, aduce, con profundo orgullo, que su cooperativa es la que hace los mayores aportes a sus asociados en la región, y sin duda es un ejemplo del nuevo ‘campesino-empresario colombiano’, especializado en persistencia, direccionamiento estratégico y visión empresarial a largo plazo.

Cuidado del medio ambiente: premisa del emprendimiento del pequeño palmicultor

La región de Puerto Wilches, nororiental del departamento de Santander, se ha caracterizado por su economía agrícola, fundamentalmente en torno al cultivo de palma de aceite. Actualmente otros modelos de trabajo asociado ayudan al desarrollo sostenible de la región y buscan prosperidad de sus pobladores.

En 1997, el Incora abrió una convocatoria para repartir terrenos destinados a la siembra de palma de aceite

en la región; Marlene Contreras fue una de las 39 personas favorecidas de la convocatoria. Esta santandereana de 46 años, madre de tres hijos, quien sembraba yuca en el campo con su padre, al principio asumió como secretaria del proyecto, después la nombraron fiscal y recientemente asumió como presidenta de la Asociación de Productores Agropecuarios Los Comuneros (Aspracom).



Marlene Contreras

Según relata Marlene, se embarcaron en el cultivo y siembra de palma de aceite porque ‘sólo les hablaron sobre esta planta y les daba miedo salir del proyecto si no la sembraban’. Además veían grandes oportunidades en el precio del fruto. “Uno recuerda que en ese tiempo era buenísimo meterse en palma porque la tonelada de aceite estaba en \$273.000. Preguntaba cuanto botaba una hectárea y claro, uno decía ¡buenísimo meterse en palma!”

Aspracom, desde sus inicios, conformó una alianza productiva con Palmas Monterrey S.A. “Ellos han sido como los auxiliares, digamos, porque sin su alianza nosotros no estaríamos donde estamos. Fueron quienes se quisieron aliar con nosotros que apenas sembrábamos 70 hectáreas. Además no teníamos con ➡

➔ Puerto Wilches, la 'Frontera'

Trabajo con adultos mayores

La idea de construir un ancianato en Puerto Wilches surgió por iniciativa de Emilia Cruz de Mejía, Don Enrique Pérez y su señora, Marina Vargas, personas vinculadas a la región desde hace muchos años, quienes vieron la necesidad de brindarle mejores garantías y calidad de vida a los ancianos.

Esta noble causa tuvo eco en la Fundación Ancianos de Puerto Wilches, quienes con la ayuda de la empresa privada, Fundewilches, pequeños y grandes palmicultores del municipio, lograron reunir fondos por más de \$800 millones para la construcción del ancianato.

La obra cuenta con una capacidad para albergar a 100 abuelos (80 cupos serán de caridad y 20, de pensionados). La inauguración de este centro de recreo y hogar de personas mayores está planeada para el 30 de junio, fecha para la cual esperan haber culminado las obras faltantes: parqueaderos, jardines y una bodega, además de completar la dotación del centro.

La Fundación diseñó un plan de adopción, con el cual espera recoger fondos para la manutención de los abuelos. Según, Adriana María Rueda Patiño, coordinadora de eventos de la Fundación Ancianos de Puerto Wilches, «las empresas y particulares pueden unirse a esta causa, haciendo un aporte desde \$10.000 mensuales o haciendo una donación periódica de productos como aceites o kits de aseo». Otro mecanismo de ayuda es el bono social de las empresas: «por ejemplo, con \$2.000 de aporte mensual, cada empleado puede adoptar a un anciano».

Lo valeroso de esta obra es el compromiso y la responsabilidad social de los palmicultores con la comunidad, como aporte para el sostenimiento y progreso de toda la región y por qué no en un futuro, gracias al trabajo asociado, de toda Colombia.



Ancianato de Puerto Wilches.

qué abonar y así la palma no produce. Entonces como que nos estanca-mos; pero vino un doctor de Bogotá, nos ayudó y nos hizo la conexión con Monterrey", cuenta Marlene.

Por medio del Ministerio de Agricultura obtuvieron un incentivo modular: \$240 millones, invertidos en la siembra de 180 hectáreas de palma. No obstante, el proyecto valía \$720 millones, por lo cual debieron asumir el resto (\$480 millones) con trabajo.

Hasta la fecha, han logrado sembrar 250 hectáreas, ingeniándose las para conseguir el dinero de siembra, producción y mantenimiento. A cada parcelero del proyecto le han correspondido 16 hectáreas, de las cuales empiezan a percibir los primeros beneficios, ya que la falta de homogeneidad de quienes participaron de la convocatoria (cultivadores de yuca, maíz, plátano, algunos de palma de aceite y hasta pescadores) incidió en la aparente parsimonia del proyecto, que en diez años de trabajo, hasta ahora comienza a arrojar ganancias.

Sin embargo, esta asociación ha recibido felicitaciones de parte del Ministerio de Agricultura por el cuidado del medio ambiente y su apego a los lineamientos de producción. Marlene recalca el interés de los pequeños palmicultores de la región por cuidar las aguas, el respeto por los 30 metros de distancia exigidos entre el cultivo y la quebrada y además de su interés en reforestar las áreas de influencia del cultivo.

Con el tiempo, ahondando en la unión y compromiso de las partes, estas alianzas productivas, iniciativa del Ministerio de Agricultura y modelo de trabajo asociado, tendrán cada vez mayor protagonismo en el fortalecimiento del sector agroindustrial colombiano. ☞